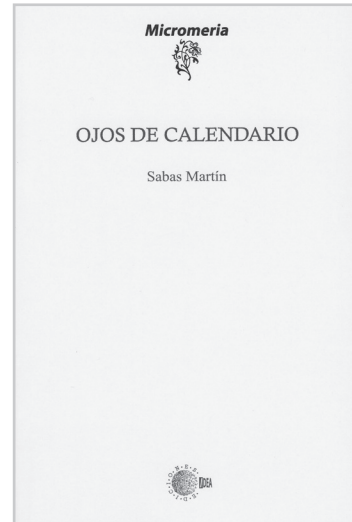


OJOS DE CALENDARIO, DE SABAS MARTÍN, O MIRADAS EN EL TIEMPO

M^a CARMEN ESCÁRATE



La obra literaria de Sabas Martín (Santa Cruz de Tenerife, 1954) es un ejemplo continuado de un escritor capaz de múltiples registros, que se inventa y se renueva a sí mismo en cada entrega, sea del género que sea. Así, sus libros se presentan siempre como una sucesión de propuestas diferentes regidas tanto por el rigor y la coherencia conceptual como por la intensidad expresiva derivada de la potencia del lenguaje. El riesgo formal, la innovación estética, la meticulosa y profunda elaboración de la palabra, la indagación en los elementos constitutivos de su imaginario insular, entre otras, son notas descolantes de una escritura plural y poliédrica que surge de la necesidad de “decirse por entero” en cada uno de los géneros literarios que aborda el autor tinerfeño. Dejando al margen su producción narrativa, teatral, ensayística y periodística, en el campo de la poesía —que es lo que ahora nos ocupa— hallamos buena muestra de ello. Frente a poetas que ahondan en un único registro y que escriben el mismo libro profundizando en los límites de un universo reconocible, Sabas Martín opta por la pluralidad y la exploración de horizontes inéditos, multiplicándose a sí mismo para convertirse en un poeta que encierra en su interior a otros múltiples poetas. Pero, como subrayó el profesor de la Universidad del País Vasco Juan José Lanz en su estudio introductorio a la antología *Prueba concreta* (Ediciones Idea, Canarias, 2006) y según explicó el propio poeta en el “Epílogo del autor”, la pluralidad

de voces que configura su discurso poético se establece a partir de unas constantes identificables. Desde ellas, la poesía de Sabas Martín abre sendas, inaugura mundos, explora territorios por alcanzar, al tiempo que afirma su ser en la fe ciega y absoluta de la necesidad de la palabra.

Sirva lo hasta aquí dicho a manera de preámbulo para comentar la aparición de *Ojos de calendario*, el reciente poemario de Sabas Martín (Ediciones Idea, Canarias, 2011). Junto a poemas inéditos, en el libro se recopilan otros que fueron escritos “para ilustrar, acompañar, complementar o subrayar imágenes concretas vinculadas a las artes plásticas, hayan sido cuadros, esculturas o fotografías”. El fotógrafo vallsolletano Eduardo Margareto, y los artistas canarios Luis Alberto Hernández, Andrés Delgado y Román Hernández, son algunos de los nombres cuyas creaciones motivan el transcurrir poético donde palabra e imágenes dialogan en un fecundo encuentro. Asimismo, homenajes plurales –a Manuel Padorno, a José Hierro–, o recuentos poéticos de viajes y geografías dispares –Madrid, Tierra del Fuego–, se dan cita en el volumen que se cierra con “Fuego blanco”, un relato de fuerte impregnación lírica, y con un “Apéndice” donde se da cuenta de las circunstancias y las fechas que están en el origen de los textos.

Libro heterogéneo y de impulsos varios, pues, este *Ojos de calendario* puede percibirse como una amalgama de registros disímiles que es, a la vez, muestra eficaz y destacada de esa capacidad del autor para pulsar y sumirse en las potencias ocultas y variables que encierra la palabra para transformarse en materia y sustrato poéticos. De esta forma, todo el libro es un itinerario cambiante de estéticas y de pulsiones de lenguaje. De la evocación esencializada de los *hai-kús* de trasfondo insular, a las reverberaciones erótico-simbólicas donde el mar actúa como el cuerpo de la amada. Del despojamiento verbal, a la exhuberancia metafórica. De la intertextualidad cómplice, a la concentración aforística. De la contención expresiva, al desbordamiento de acentos narrativos-descriptivos como tan bien se ejemplifica en los largos y espléndidos poemas “Madrid rompeolas de repente” y “El viaje”, resuelto este último –luego de la sugestiva y creciente acumulación de escenarios evocados– como la revelación final del ser cumpliéndose en el destino amoroso. En resumen: todo un variado muestrario de motivos temáticos y de versatilidad lírica –diríase que a manera antológica o panorama de estilos de escritura–, de un poeta que moldea las palabras con la sabiduría, la tenacidad y el empeño de un orfebre para ofrecernos una obra que sorprende y cautiva, tanto por su riqueza expresiva como por su radical originalidad, tan alejada de propuestas verbales rutinarias y acomodaticias.

Sin embargo, pese a esa disparidad manifiesta que lo caracteriza, en una lectura que trasciende la apariencia y la inmediatez, *Ojos de calendario*, en suma, se configura como una suerte de mapa personal de la memoria, como un diario de imágenes y versos surgidos de estímulos o incitaciones exteriores. Es la constatación y el

testimonio lírico de la mirada del poeta en el tiempo. Como ha señalado el poeta y crítico Jorge de Arco, director de la revista gaditana *Piedra de Molino*, (“Notas de lectura”, Andalucía Información, 14-19 abril 2011): “estas páginas pretéritas se vencen del lado de la mirada del autor, y son, a su vez, una manera de recuperar con nostalgia y emoción un tiempo ido, pero cercano y llameante”. Así es como el poeta se convierte en testigo de su propio acontecer, atento y empeñado en devolver a su retina escenarios y situaciones que llenaron instantes de su ocurrir en el tiempo. Y esta unidad última, esta coherencia que subyace en el acopio de matices que marcan las páginas de *Ojos de calendario*, no solo es un valor añadido, sino que dan fe de la verdad de la escritura, de la necesidad íntima con que el poeta la afronta y la asume.

Esta entrega poética de Sabas Martín concluye, como ha quedado dicho, con el relato “Fuego blanco”, publicado originalmente en alemán, en abril de 2009, en traducción de Gerta Neuroth, pero inédito hasta el momento en español. Las propias características del relato justifican su inclusión en un volumen de poesía, y es exponente, además, de esa facultad del autor para transgredir los límites y las fronteras entre géneros literarios de la que encontramos ejemplos notables a lo largo de toda su amplia dedicación literaria. Ciertamente, en “Fuego blanco” nos hallamos ante un texto de decidido aliento lírico, pero más allá de la musicalidad y la eficacia evocadora del lenguaje, en él se recrea un mundo originario, primigenio, en íntima comunión con la naturaleza y la memoria legendaria aborígen. Un mundo que es contemplado desde el íntimo y secreto temblor de lo que se mira en su principio. Sabas Martín nos traslada a ese momento inicial, inaugurador, lleno de asombro e incertidumbres de un guanche que, por primera vez, se asoma a un paisaje de blancuras desconocidas y descubre su propia huella sobre la tierra nevada. Mirada y tiempo –la mirada desde la isla, el tiempo convertido en historia o mito– de nuevo aquí confluyen. Tal vez ahora como imagen última de ese empeño tan parecido a la poesía como es el afán de dejar el rastro de nuestros pasos sobre la frágil fugacidad de la nieve. Un empeño, un afán que Sabas Martín, según ha constatado el profesor Lanz, cumple con una escritura de apasionada y rigurosa intensidad.